

LA CIUDAD JARDÍN, LA URBANIDAD REVISITADA

THE GARDEN-CITY, THE URBANITY REVISITED

Fernando Roch Peña*

RESUMEN

Este ensayo, sirviéndose de referencias comparativas a la *Ville Radieuse* y a las aglomeraciones urbanas contemporáneas, defiende la urbanidad de la Ciudad Jardín y pone de relieve cómo en la propuesta de Howard -a diferencia de aquellos otros dos casos- el protagonista de la urbanística es el hombre político, el ciudadano entendido como encrucijada del hombre económico y el actor social, en la dimensión espacial que le es propia: la Ciudad Jardín, un "estado de excepción compatible".

Esta interpretación conduce al autor a reflexionar sobre las relaciones de la obra de Howard con algunas cuestiones vinculadas a la construcción de la moderna sociedad de masas y que se proyectan desde el momento embrionario de las ciencias sociales (Hobbes, Petty...) hacia el pensamiento social decimonónico (socialistas utópicos, Bellamy, Marshall, Kropotkin, Morris...).

Finalmente, se argumentan las distancias entre la teoría de la Ciudad Jardín y su pretendida práctica posterior, en particular, la construcción de *garden suburbs* y el programa británico de *New Towns*.

ABSTRACT

This essay, making use of comparative references to the *Ville Radieuse* and to the contemporary urban agglomerations, defends the urbanity of the Garden-City and points out, as it happens in Howard's proposal in contrast to the other two cases, that the protagonist of the Urbanistic is the political man (*zoon politikon*), the citizen understood as a crossroad of the economical man and the social actor, in the spatial dimension which is characteristic to him: The Garden-City, a *Compatible State of Emergency*.

This interpretation leads the author to think about the relationships between Howard's work with some of the issues linked to the building of the modern masses society and which are projected from the very beginning of the social sciences, the nineteenth century social thoughts (utopic socialists, Bellamy, Marshall, Kropotkin, Morris)

Finally, the author speaks about the distances between the theory of the Garden-City and its pretended subsequent materialization, specially in the construction of The Garden-Suburbs and the British development of The New Towns.

* Dr. arquitecto, catedrático de urbanística y ordenación del territorio de la Universidad Politécnica de Madrid

“Le plan n’est pas de la politique”

Le Corbusier, La Ville Radieuse.

Apenas 35 años separan la primera edición del libro de Howard y por tanto la presentación en sociedad de la Ciudad Jardín, de la primera versión de la *Ville Radieuse* que Le Corbusier desarrollaba bajo el lema que encabeza estas líneas. Es un corto pero intenso periodo de tiempo en la historia de la urbanística moderna, enmarcado por los dos paradigmas más completos y antagónicos que ha conocido ese objeto que hemos calificado de forma un tanto reduccionista como la ciudad industrial. Tiempo suficiente para que el rico entramado político, el ambicioso proyecto cívico contenido en la sencilla fórmula de la Ciudad Jardín se desvaneciera ante el poder simplificador y el brillante y hueco formalismo de la *Ville Radieuse*. Justo lo necesario para convertir la construcción de la frágil física de los equilibrios sociales sobre los que se desarrolla la sociedad industrial emergente, en un problema de diseño mecánico vulgar.

Volver a visitar la Ciudad Jardín algo más de un siglo después de que vieran la luz sus páginas escuetas de manual, sus apretados diagramas, sus fórmulas conciliadoras, su rara inteligencia cívica, lejos de representar un tributo a la nostalgia es una buena manera de retornar a una de las fuentes más limpias del urbanismo moderno para tratar de averiguar dónde abandonamos el “camino recto”, para internarnos en esa “oscura selva” en cuyas espesuras no hemos hecho otra cosa que enredarnos cada vez más.

Si la *Ville Radieuse* como modelo de alta costura presentado en la prestigiosa pasarela que Vincent Fréal mantuvo tantos años en París iba a servir de patrón formal para dirigir con notable terquedad, en sus trivializadas versiones *prêt à porter*, el naufragio de la mayor parte de las periferias de las grandes ciudades industriales europeas hasta que las crisis del último tercio del siglo pasado dio por agotados sus servicios, no ocurría lo mismo con su verdadero mensaje ideológico; porque si el proyecto de la *Ville Radieuse* no era un asunto de política, menos aún lo son las versiones que los voceros de la sociedad que viene, global y local a mismo tiempo, ofrecen de las nuevas aglomeraciones, por llamarles algo, que ellos neciamente siguen calificando de ciudades.

Decir que la nueva urbanidad en su dimensión global se concentra en los “pliegues” de objetos desorbitados, como esos aeropuertos saturados de funciones económicas para que su privatización pueda ser rentable, por donde circulan los flujos planetarios (mercantiles naturalmente, viajeros incluidos), o que en su dimensión local está condenada a habitar en el zafio espacio comercial de un *mall* rodeado de automóviles que le separan del desierto, es evidentemente reducir la verdadera naturaleza urbana, la política (de *polis*, no de Estado Nacional) a esa baja fontanería de flujos de agregados monetarios donde no hay ciudadanos sino consumidores férreamente dirigidos u rígidamente clasificados según su cuota de

participación en la distribución de la renta, que representa el agregado monetario supremo.

Si el sujeto que protagoniza la urbanística no es un hombre político, no es un ciudadano con toda su pluralidad dimensional sino un consumidor embrutecido, entonces es que estamos hablando de ingenierías menores. De ellas trata Le Corbusier, igual que sus aventajados discípulos de hoy aunque no se reconozcan tales, y otros más confundidos aún que creen que el sujeto de la urbanística es algún arquitecto de moda y sus simplezas. Pero la urbanística ha conocido y debe volver a conocer días mejores.

Seguramente, el mérito de Howard fue el de codificar en términos cívicos en un nuevo diagrama urbano, que sólo necesitaba de manos inteligentes y sensibles como las de Unwin para concretarse, un amplio conjunto de preocupaciones y de problemas que desde finales del siglo XVIII habían acompañado el alumbramiento de la sociedad industrial y sus primeros pasos titubeantes. No es probable que Howard fuera plenamente consciente de la multiplicidad de aspectos implicados en su propuesta, pero no se le puede negar que eligió bien y con suficiente conocimiento los fundamentos, de suerte que éstos terminaron por arrastrar inevitablemente otros muchos vinculados con ellos.

Tampoco tiene sentido buscar en la Ciudad Jardín un modelo definitivo que pudiera dar respuesta a la mayoría de los problemas que han ido surgiendo al hilo de la evolución de la ciudad contemporánea, pero en un cierto sentido creo que nunca la urbanística estuvo más cerca de poderse parangonar con las disciplinas sociales básicas. No me refiero al método, ni a disponer de un bien provisto cuerpo teórico -que eso se adquiere con el ejercicio-, sino a la peculiar manera de objetivizar a su protagonista principal. Howard, que carecía de pretensiones teóricas, no intenta definir y analizar el hombre económico ni al actor social en su hábitat, extendiendo aquellas disciplinas y la propia ciencia política a su dimensión espacial, sino que imagina al ciudadano como encrucijada de todos esos individuos y en la dimensión espacial que le es propia, y eso entraña, entre otras cosas, desplazar la escala de la función política básica que permite esa fusión creadora.

Podría incluso decirse que es al revés, que la forma de resolver los conflictos en esa confusa sociedad industrial naciente, entre las relaciones económicas y las estructuras sociales nuevas y viejas, que venía correspondiendo a las instancias políticas del Estado desde el siglo XVII, sólo puede venir de la creación de un nuevo sujeto político y un nuevo ámbito de gobierno: el ciudadano moderno en su ciudad. Se trata de una firme valoración de la dimensión local que con la perspectiva actual, cuando hemos visto disolverse en gran medida los Estados nacionales, resulta una admirable anticipación. Ese ámbito de convergencia no puede ser ni la estremeceadora aglomeración a la que llegan incesantes las masas desde el campo, ni el mundo rural que es abandonado masivamente, sino una reelaboración conjunta de ambos que permita articular el viejo modo de producción agrario con el nuevo sistema industrial. Howard está

proponiendo una nueva patria para un nuevo ciudadano urbano y podríamos decir que está inaugurando la “urbanística política”.

La Ciudad Jardín hereda, además, la naturaleza experimental que tuvieron en su inicio las disciplinas sociales, tal como quiso Bacon y fundamentaron inmediatamente sus discípulos sucesivos Hobbes y Petty. Si el proyecto de pacto social de Hobbes consistía en ceder el gobierno a la asamblea o al soberano, también pedía abolir la distancia que separaba la gestión de la sociedad de las matemáticas, la suprema ciencia natural; igual que Petty, al que Marx atribuía la creación de la economía política, y que propugnó el empleo del modelo de las ciencias naturales en el desarrollo de las humanas. Ciencia experimental y vinculada al mundo físico y su indagación, algo que produce mucha nostalgia ahora cuando la radical separación entre las disciplinas sociales y las naturales se mide por siniestros cada día.

Claro que todos estos autores y sus sucesores Smith, Malthus, Spencer, Comte, Stuart-Mill, Le Play, por citar sólo algunos hitos, trataban de un ciudadano nacional y de la administración del Estado moderno. Howard, como ya he señalado, es una excepción anticipadora como en cierto modo lo había sido el radical Godwin. Quiero decir que frente al poder difícilmente negociable de las leyes que rigen el Estado, Howard propone su Ciudad Jardín como un “estado de excepción compatible”: un lugar en el que se suspenden las bases jurídicas tradicionales de la renta del suelo y sus perversos efectos económicos que siembran por entonces las grandes ciudades de sórdidas periferias; en el que la asamblea de ciudadanos asume su gobierno y decide su destino; en el que se practican mecanismos de redistribución por la vía del disfrute de los servicios y equipamientos cívicos gracias a la recuperación social de la renta urbana, donde el progreso y la igualdad puedan abrirse camino ensayando modelos de alojamiento y urbanización en los que se articulan la cultura y los recursos productivos de la tierra con el universo industrial emergente y se fomentan las economías domésticas y sociales. Todo eso venía incluido en la propuesta.

Precisamente el desarrollo posterior de la urbanística se ha basado en simplificar radicalmente este escenario complejo de relaciones. La *Ville Radieuse* es la victoria de la “ciudad industrial” a secas sobre las viejas sociedades agrarias incluyendo sus ciudades periclitadas, sobre su cultura presuntamente obsoleta, reaccionaria y despreciable, resuelta con un esquematismo formalista; una victoria pírrica en la que se ha sacrificado la complejidad y se ha perdido para siempre el alma política y su sujeto principal: la urbanidad y el ciudadano.

Pero centrarse en la ciudad industrial puede resultar demasiado esquemático para entender los procesos que alimentan el crecimiento y los problemas de hacinamiento en ciudades que distaban mucho de ser aglomeraciones industriales. Las masas y su gestión van a protagonizar, y en gran medida desencadenar, esta profunda transformación del modo de producir y de vivir que ha ido conquistando cuotas cada vez más altas de autonomía hasta llegar, en la actualidad, a un conflicto permanente con el mundo físico. Si el viejo

universo agrario en toda su pluralidad de fórmulas productivas y de relaciones sociales sólo era compatible con dinámicas demográficas moderadas como insistía Malthus¹, el nuevo modo industrial sólo se concibe en un escenario de crecimiento ilimitado, multiplicando sin límites el número de personas y sus necesidades; parecía hecho a la medida de la naciente sociedad de masas. La cuestión era encontrar la manera de enrolar a la conflictiva muchedumbre en esa nueva maquinaria productiva de la que se esperaba un poder de acumulación de riqueza inagotable. Ese proceso puede seguirse desde ópticas muy diversas: como una historia de evolución del modo productivo y de sus sucesivos regímenes de acumulación²; como la historia de la cuestión social y las conquistas, primero de los trabajadores, y luego de los consumidores³; también como las formas y estrategias que adopta el poder político, los grupos de interés y sus hegemonías auxiliadas de sus discursos ideológicos o de sus instrumentos de coerción para conducir las multitudes⁴.

En ese mismo empeño, la urbanística moderna debería haber tratado del proceso de transformación de las masas en ciudadanos que habitan ciudades, pero su historia en el mundo desarrollado está dominada por una estrecha línea que se mueve, desgraciadamente, entre la construcción de periferias miserables para alojar las constantes oleadas de proletarios que llegan a las ciudades huyendo de la pobreza en el mundo rural, y su conversión final en neoperiferias destinadas a consumidores bien jerarquizados y relativamente satisfechos. En pocas palabras, el tronco principal de la urbanística ha consistido en sustituir los inquietantes

¹ Se entiende, sin violar las limitaciones de la productividad de la tierra, con independencia de que se utilizara el régimen de explotación más adecuado, lo cual distaba mucho de ser cierto en la época. Esos límites vienen impuestos por la renovación de los bienes fondo sujetos a los ciclos naturales. Sabemos que se puede alimentar y sobre todo sobrealimentar a muchedumbres crecientes utilizando sistemas industrializados, pero el balance empieza a ser muy preocupante: el consumo de petróleo en la producción de alimentos se ha disparado y la producción de residuos ha conducido a prácticas que están poniendo en serio peligro nuestra salud.

² Después de varios ensayos fue el régimen de acumulación llamado fordista el que alcanzó la tasa de empleo más alta apoyándose precisamente en la producción y el consumo masivos. La gran depresión de 1929 había demostrado que el paro no era una coyuntura de la que el sistema se recuperaba de forma más o menos automática y que eran precisas intervenciones públicas para reajustar el régimen de acumulación. En los años 60 del siglo pasado, el acoplamiento entre producción y consumo fue muy ajustado gracias al despliegue del régimen fordista que se servía de mecanismos reguladores y de redistribución de la riqueza que posteriormente se han ido desmantelando parcialmente.

³ En el modelo keynesiano que trata de la relación entre la renta y el empleo, son precisamente los consumidores los que confieren cierta estabilidad al sistema mientras las variaciones en la inversión en bienes productivos son las causantes de las oscilaciones de la renta global y del empleo. De esta forma, el consumo de masas es un estabilizador del sistema y a perfeccionar esta dimensión de consumidores han sido dirigidas la mayoría de las políticas sociales en el último siglo. Por otra parte, los sindicatos británicos del siglo XIX ya ponían más el acento en el consumo que en las propias relaciones productivas, creando cooperativas de distribución antes que cooperativas de producción.

⁴ La obligada disminución del uso de la coerción en las sociedades democráticas se ha compensado ampliamente por un despliegue sin precedentes de los aspectos ideológicos manejados desde los modernos medios de comunicación.

slums iniciales por las ordenadas periferias metropolitanas fordistas (las verdaderas ciudades industriales) antes de dirigirse finalmente hacia la construcción de las *edge cities* o los extremadamente selectivos *new community developments* de las ciudades postindustriales. Entre medias ha vuelto su mirada sólo ocasionalmente hacia los centros de la ciudad antigua para revisar su papel en el teatro urbano cambiante.

Cierto que para materializar aquel pasajero “equilibrio” fordista la disciplina se esforzó en elaborar un modelo de territorio productivo más o menos eficiente, equipamientos del bienestar y estándares de alojamiento modestos pero alejados de la miseria, sobre una doble base territorial nacional y urbana. En buena medida se siguieron entonces muchos de los preceptos de la Ciudad Jardín, aunque renunciando a sus objetivos más ambiciosos⁵. Fue en todo caso una ciudadanía limitada en la que el gobierno de la ciudad quedaba lejos de del alcance de sus habitantes y se profundizaba su división en grupos de clase, al tiempo que aumentaba la distancia con el mundo natural y sus leyes, pero aún así fue muy superior a la que hoy disfrutamos.

La Revolución Francesa había puesto de manifiesto el verdadero potencial de subversión de las masas y no era difícil con los recursos disponibles entonces para gestionar un problema de esa magnitud que se viera como una grave amenaza para la seguridad de cualquier orden establecido. De Maistre y de Bonald, las principales lumbreras del tradicionalismo del siglo XIX habían ya dado la voz de alarma sobre esa cuestión y fundamentaban su conservadurismo sobre el aborrecimiento de las masas. Ninguno de los dos creía en el progreso porque no creían en la existencia independiente de la razón humana. Todo saber era revelación o no era, y el poder emanaba de la divina providencia. Renegaban pues de las ideas sobre el progreso y la igualdad humana que habían alimentado *les philosophes* y les bastaba mostrar cómo esas nociones propias de la razón ilustrada habían naufragado frente a las masas ingobernables en el caos revolucionario. Con independencia de que esa postura, que en Inglaterra ya había sido defendida por E. Burke, pudiera ser discutida en sus aspectos relacionados con la racionalidad, lo cierto es que la “amenaza de las masas”, reconocida o no explícitamente, se incorpora al cuerpo ideológico principal tanto de la “cuestión social” como de la economía política, y también de la urbanística.

Puede afirmarse que el modelado del espacio social, del nuevo orden de la sociedad de masas, precedió a la construcción de la ciudad industrial propiamente dicha. Haussmann, por ejemplo, se empeña en la reorganización del centro del viejo París para resolver de forma adecuada lo que para él son dos exigencias fundamentales, disolver las peligrosas concentraciones de clases

⁵ Esta cuestión de la renuncia a las metas fundamentales de la Ciudad Jardín en la propia construcción de Letchworth y en el desarrollo posterior del programa de New Towns en Gran Bretaña, así como otros aspectos relacionados con la Ciudad Jardín, los he tratado más extensamente en ROCH, F.- “Mirando hacia atrás; la Ciudad Jardín cien años después”, *Ciudad y territorio/Estudios territoriales*, nº 116, Madrid, verano de 1998.

populares que se habían ido acumulando en el corazón de la ciudad en el curso del tiempo y entregarle su solar rescatado a su nuevo aliado: el capital financiero con sus múltiples intereses comerciales e inmobiliarios, ya que la gran industria que había iniciado su consolidación en el periodo de Louis Philippe tenía otra geografía. Es difícil encontrar un episodio de la urbanística moderna que mejor ilustre el papel de la disciplina jugado en la creación de la dimensión urbana de un nuevo bloque histórico. Con sus trabajos de remodelación presentados bajo la brillante fórmula formal de los bulevares y sus edificios asociados, Haussmann expulsa del centro a aquella inquietante muchedumbre que propició con su rebelión las sucesivas ediciones del “18 brumario” y entrega ese mismo centro transformado al grupo hegemónico que tres décadas después labrará el naufragio de la Tercera República, bajo el vendaval de sus propios escándalos políticos y financieros. Sin embargo, ese episodio urbanístico que tanta influencia disciplinar ha tenido como modelo formal, se nutre del mismo ideario político que ya había conducido al primer Napoleón, obsesionado por la conspiración generalizada, a la creación de un estado policial que incluía el control de las masas populares, las mismas que durante el fugaz episodio de la Comuna volverán a ocupar el centro urbano del que fueron expulsadas, demostrando que también era necesario ordenar debidamente las periferias para domesticar allí definitivamente aquel contingente amenazador⁶.

Malthus también había señalado cómo un incremento excesivo de población puede alterar el orden social, pero prefiere desarrollar más los efectos económicos catastróficos de tal posibilidad. La pobreza es un mal necesario porque de la necesidad puede derivarse cierto progreso, pero es preciso limitar su expansión, del mismo modo que es preciso evitar el excesivo crecimiento de las grandes ciudades que van a ser sometidas a procesos de concentración industrial. Para Malthus ni siquiera la industria tiene estatuto de fuente de riqueza. En realidad de lo que se está hablando es de la limitada capacidad de la tierra y el tiempo se ha encargado de darle la razón en gran medida, porque el nuevo universo que inaugura la industrialización sólo ha podido superar las limitaciones

⁶ Es, naturalmente, Balzac quien ofrece las mejores descripciones literarias de esta amenaza en la convulsa etapa que va de la Restauración a las jornadas del 48. La expresión más radical del peligro es seguramente ese ejército de malhechores capitaneados por el malvado Vautrin que conviven en su submundo con el brillante teatro de los negocios que ha prosperado bajo Louis Philippe. Vautrin es en realidad un *alter ego* del verdadero Vidocq, un legendario aunque real aventurero que ha sido delincuente, forzado, evadido y, como no, comisario de la Sûrete; el primero en elaborar, y no por casualidad, una geografía de la amenaza social en la tumultuosa Francia de la primera mitad del siglo XIX. Victor Hugo algo más tarde concebirá la redención moral de esa masa sustituyendo a Vautrin por Jean Valjean y a los malhechores por el conmovedor Gavroche, y será finalmente Vallès quien les devolverá el protagonismo subversor en la figura crepuscular de Jacques Vingtras. Pero sin duda es Poe el que inevitablemente crea la más penetrante metáfora de esta visión maléfica de las masas. En *The Man of the crowd*, cree identificar en la ordenada y clasificatoria “hidrodinámica” de las multitudes londinenses del primer tercio de siglo ese indescifrable genio criminal que habita en la muchedumbre y que recorre la ciudad sin descanso desde el centro donde anida el lujo hasta la sórdida periferia.

demográficas tal como prometía a costa de violar hasta la ruptura las leyes del mundo físico. De esta forma, el proceso que ya a finales del XVIII empieza a vaciar el universo rural de sus excedentes demográficos para conducirlos a las aglomeraciones, donde se concentra la industria, es para él un espejismo y una manera de ampliar el censo de pobres, que aleja la evolución general de la sociedad de los ingenuos escenarios de abundancia y progreso que imaginaban Condorcet o Godwin.

Cuando Howard se ocupa de formular su propuesta, estas pesimistas visiones ya han pasado numerosos filtros disciplinares, y la industrialización era una realidad irreversible, pero seguía en pie el problema de aquellas muchedumbres sin alojamiento y sin recursos suficientes, que ahora se concentraban en los bordes de algunas ciudades en vertiginoso crecimiento. El aumento de la riqueza que sin duda debía proporcionar la productividad industrial no había alcanzado a la gran mayoría de la población. La sobreexplotación a la que es sometida la mano de obra en aquella primera configuración productiva estaba en la raíz de esa profunda desigualdad, pero el pensamiento reformista prefiere evitar los problemas que enfrentan al patrón y al trabajador, los dos protagonistas del nuevo modo productivo que deben mantenerse unidos para luchar con éxito contra el viejo sistema de la tierra que les negaba a ambos el derecho a la existencia⁷. Si el problema era la participación en la riqueza generada no era extraño poner el acento en la distribución de los productos; si a eso se añadía la necesidad de un alojamiento digno, tampoco era de extrañar que se buscasen fórmulas inmobiliarias para resolverlo.

La idea de que una determinada organización del espacio económico y social podía contribuir a aliviar estos problemas no era nueva; tenía incluso ya una larga tradición en los precursores utópicos establecer relaciones entre una sociedad bien organizada y una determinada geometría, aunque ninguno de ellos aportaba ninguna prueba empírica de su efectividad. Howard no se siente especialmente atraído por esas propuestas que le parecían poco pragmáticas pero sin duda le había cautivado la descripción que Bellamy hace de Boston en su novela *Looking backward, 2000-1887*⁸. También desde la disciplina económica, Alfred Marshall ya había propugnado en 1884 la descentralización productiva frente a las grandes aglomeraciones, como el propio Howard recuerda, lo cual era una invitación a practicar la dispersión de la población, es decir, a desarrollar fórmulas de asentamientos alejados de las metrópolis en núcleos más pequeños; el pretexto explícito era huir de las altas rentas metropolitanas y para ello contaba

⁷ No olvidemos que Malthus insistía en que el comercio y la industria se mantenían de la tierra y que constituían actividades que no aportaban nada a la riqueza social. Para él eran mecanismos de apropiación privada de la riqueza social que solo se generaba a partir de la tierra y el trabajo realizado sobre ella. Esa idea unida a la fuerte repercusión de las rentas del suelo en los procesos de urbanización había convertido a patronos y trabajadores en enemigos de la propiedad del antiguo régimen. Aún persiste este enfrentamiento en la cultura urbanística.

⁸ Respecto a esta cuestión véase ROCH, F.- "Mirando hacia atrás'...", ob. cit.

con el ferrocarril. Por otra parte, Koprotkin también había propuesto en 1888 integrar los dos modos productivos fundamentales, la agricultura y la industria, una idea que Morris había ampliado poco después en su *News from Nowhere* incorporando además todas las reservas morales y estéticas sobre el trabajo industrial enajenado que Ruskin había divulgado. El problema era encontrar la base económica de tal integración. El paisaje, rural y urbano al mismo tiempo, en el que las masas se han disuelto para convertirse en habitantes felices de una nueva Arcadia, llena las páginas del relato entusiasmado de Morris sólo unos años antes de que Howard convierta a la ciudad en la propietaria de sus territorios agrícolas, cuyas rentas recupera para asegurar el bienestar colectivo.

Frente a las metrópolis y sus terribles suburbios Howard proyecta una red descentralizada de ciudades de tamaño moderado unidas por el ferrocarril en las que se reúnan las actividades básicas, industriales, agrarias e intelectuales: un núcleo urbano con sus áreas industriales y comerciales y su generoso anillo rural. No es necesario alterar de entrada las relaciones básicas de producción tal como vienen definidas por el modo industrial, pero ya es hora de eliminar ciertos residuos institucionales del pasado, especialmente la propiedad privada de la tierra y su renta. Tampoco se plantea exactamente la supresión de ese obstáculo, sino su reconversión: la renta de la tierra, renta urbana desde que se convierte en ciudad, pasa a ser patrimonio cívico. Si Howard evita pronunciarse, al contrario que Bellamy, sobre la socialización (estatalización para Bellamy) de la producción, sí se decanta decididamente porque la ciudad se convierta en el espacio de acumulación de rentas sociales que puedan devolverse a sus habitantes en forma de servicios y espacios cívicos: los mejores que se puedan imaginar. Howard se alejaba de los aspectos productivos porque ése era todavía un asunto de Estado que se escapaba de sus manos y convertía la ciudad en una superempresa de economía social, aunque él creía en el fondo que su red de Ciudades Jardín podrían devenir un nuevo Estado urbano dentro del Estado en el que la economía social acabaría penetrando todo el tejido productivo, pero ése era el siguiente paso, una vez que la propia ciudad evolucionara en esa dirección.

Howard también trataba de limitar el crecimiento de esas nuevas células de urbanidad que proponía y que nacían como piezas acabadas; la historia del proceso de urbanización que iniciaba sería la historia del desarrollo de la red de ciudades sobre el territorio. También se trataba de un orden nuevo que surgía de espaldas a la ciudad histórica, negando el orden urbano anterior. En ese sentido todos rompían con el pasado. En el mundo feliz de Morris se ha perdido hasta la memoria de ese pasado abominable y ello precisamente en un marco cultural donde surge el historicismo como valor estético y moral fundamental, desde el que se ensalza el trabajo artesanal y los valores de solidaridad atribuidos a las viejas comunas medievales. Si Camilo Sitte había recuperado la multiforme escenografía bajomedieval para el moderno espacio público a partir de sus apuntes de viaje por las viejas ciudades italianas, Ruskin, Morris y el mismo Unwin prefieren reinventar para la producción, para el mundo doméstico y para las agrupaciones de barrio una imagen luminosa y solidaria de ese mismo mundo

bajomedieval. Esa imposible Edad Media que en el mundo ensanchado de las actividades plásticas estaba desarrollando el movimiento *Arts & Crafts* es uno de los grandes inventos culturales del siglo XIX.

La evolución final de este proyecto puede ser decepcionante pero ilustra muy bien la naturaleza de los procesos de urbanización de la ciudad moderna. Howard intentó encontrar apoyos para llevar adelante su proyecto en el universo social y sindical de su tiempo. Sólo obtuvo respuesta en los grupos que luchaban contra la crisis del mundo agrario, pero carecían de recursos. Las organizaciones sindicales muy fragmentadas y diseminadas por el país carecían de la dimensión adecuada y tampoco demostraron la sensibilidad suficiente. Los apoyos definitivos vinieron de los patronos reformistas. Fue Ralph Neville, un influyente político liberal que no le interesaba ni creía en ningún poder de transformación social del organismo urbano, el que vio en el proyecto una buena fórmula para dispersar las concentraciones masivas de las metrópolis, evitando los suburbios de clases bajas y resolviendo el problema del alojamiento a gran escala con bajo coste⁹. Esa reducción de costes favorecería al mismo tiempo a la industria, que podría disfrutar de obreros más baratos. Paralelamente se desarrollaría la red de ferrocarriles que cubriría el territorio y lo convertiría en un espacio global y eficiente. Era una solución de Estado, que es el ámbito propio de la gran industrialización que va a culminar según el modo de regulación fordista inmediatamente.

Ese no era el proyecto de Howard, en realidad representaba un paso atrás, pero sí era el que Neville y los demás hombres de empresa que le acompañan (de nuevo Cadbury y Lever entre otros) estaban dispuestos a apadrinar, adelantándose a lo que en poco tiempo se convertirá en una política de Estado, primero para el Gobierno conservador de Chamberlain que inicia los estudios necesarios y luego para el laborista encabezado por Atlee, que continúa la tarea después del paréntesis obligado de la guerra. El proyecto de *Garden Cities* se transformará muy rápidamente en el programa de *New Towns*, contando con la influencia ocasional de Frederic J. Osborn, el colaborador más estrecho de Howard y también el que se muestra menos reticente a los profundos cambios que implica. No es el menor el propio sustantivo con el que se denomina a las aglomeraciones que van a labrar en sucesivas etapas el nuevo despliegue industrial de acuerdo con el patrón propuesto por Ford: *town* tiene una etimología sajona que se refiere a la cerca que delimita su espacio, un valor lingüístico muy pobre y alejado de la *civitas* que invocaba Howard con voluntad de plenitud.

⁹ Esta cuestión quedó sin resolver verdaderamente a pesar de los esfuerzos de Unwin y Parker por diseñar viviendas sociales y espacios comunitarios. Las clases trabajadoras que se emplearon en la industria de Letchworth terminaron por alojarse en los pequeños núcleos circundantes, convirtiendo a la primera Ciudad Jardín en un núcleo de clases medias. Sólo en el programa de *New Towns* y convirtiendo a las instituciones públicas del Estado y del Condado en promotores y caseros se pudo ofrecer una vivienda asequible a los trabajadores de la industria fordista, en régimen de alquiler, pero para eso había sido necesario construir todo el aparato del *Welfare State*.

Para esta ocasión, el equipaje disciplinar se ha visto notablemente engrosado y en parte institucionalizado en el entramado legal; también son ahora mayores los recursos de un universo industrial que ha encontrado por primera vez su afinación en el marco general de la política del Estado: equilibrios territoriales, gran despliegue de infraestructuras de comunicaciones, estándares de equipamiento adecuados, modelos de alojamiento y de urbanización viables y accesibles, mecanismos de obtención del suelo y de urbanización eficaces, además de un debate disciplinar que permite ir ajustando los programas, modificando los tamaños y las modalidades de agrupación de las unidades urbanas.

En ese tiempo ya se han elaborado los modelos para las nuevas periferias en Gran Bretaña pero sobre todo al otro lado del Atlántico. Manteniendo la familia y el modo de producción doméstico como componente básico de la reproducción de la fuerza de trabajo se define la *neighborhood unit* por oposición al viejo e inquietante *slum*. Las diferencias son sutiles pero radicales. Se mantiene el vecindario como ámbito de socialización, pero ahora ya no es el espacio de las economías sociales y de la solidaridad de las viejas barriadas obreras no planificadas, tampoco el cálido lugar de integración social y de cooperación que habían dibujado Parker y Unwin en su primer proyecto para Letchworth, sino una ordenada planimetría de control, donde se instalan los equipamientos del Estado y los servicios básicos pasados a la economía formal. También los habitantes han cambiado: aquella abominable muchedumbre que intercambiaba productos y servicios, y que conservaba en gran medida su libertad de vender o no su fuerza laboral, se concibe ahora como un disciplinado ejército de asalariados instalados en un "ambiente residencial" por usar el término con el que Perry resume su propuesta elaborada con toda precisión técnica en su *Housing for the Machine Age*. El antiguo suburbio incontrolable se ha transformado en una pieza normalizada del nuevo orden económico y social que puede ensayarse en algunos lugares, como Radburn, poco antes de la Gran Depresión, aunque tampoco allí pueda pasar el listón que separa las clases medias de los obreros industriales.

Ese paso difícil tendrá aún que esperar unos años y se hará al mismo tiempo que el Estado del Bienestar despliegue su potencial conciliador. Para entonces bastará coser algunas de estas piezas normalizadas con el hilo grueso de las infraestructuras y los equipamientos que ha incluido en su repertorio urbanizador el Programa de *New Towns* industriales, concebidas también sobre mínimos núcleos rurales preexistentes, como polos de descongestión de áreas saturadas o como polos de inducción en zonas deprimidas en la Gran Bretaña de la posguerra. Aquel orden férreo hoy se ha descompuesto en gran medida, por eso, cuando, allí mismo, respirando el aire un tanto mágico que todavía envuelve la vieja Letchworth, contemplamos la primera de aquellas nuevas ciudades, Stevenage, deberíamos alimentar la esperanza de que algún día podamos recomponer los fragmentos de aquel sueño hecho pedazos.

Nº 4.

The Vanishing Point of Landlords Rent.

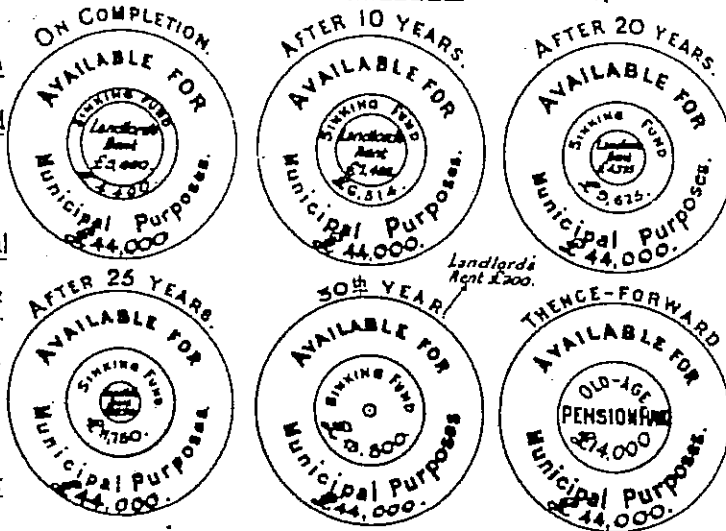
RENT & LOCAL RATES
of an average population
equal to that of
GARDEN CITY
working under present
conditions are about



£144,000
per annum
being £4.10s per
head of population, and
with a constant
tendency to rise.

By migrating to **GARDEN CITY**
rents and rates are at once reduced to
£2 per head.

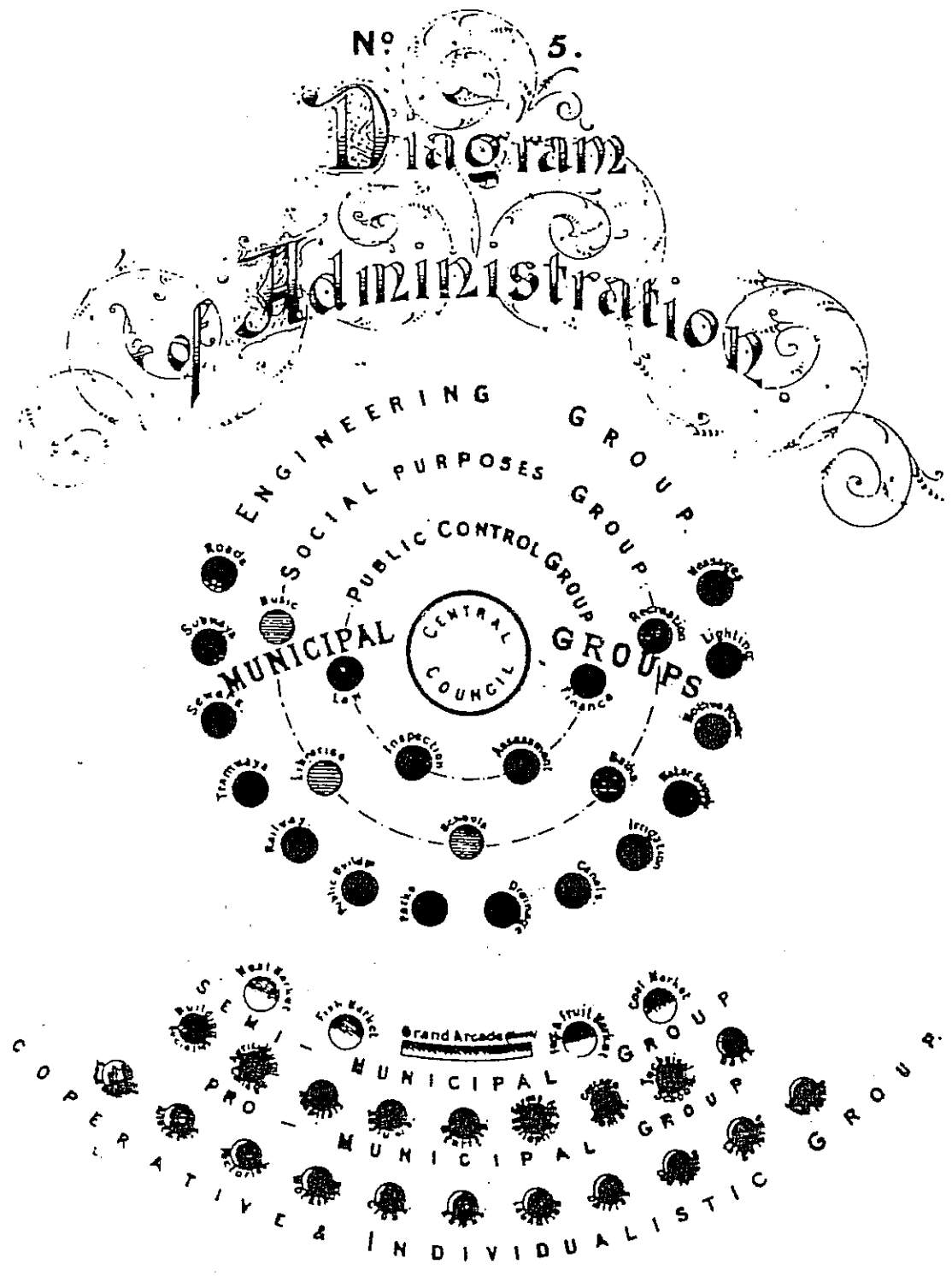
out of which
Sinking fund
is provided
for the gradual
extinction of
Landlord's
Rent.
This end being



attained, all
the funds
hitherto devoted
to that purpose
may be applied
municipally,
or to the
provision of

Old Age Pensions.

En la primera edición de *To-Morrow...* apareció este diagrama que sería eliminado en ediciones posteriores. Sin embargo, posiblemente este esquema sea la expresión más clara de la pretensión de Howard de conseguir que la renta del terrateniente se desvaneciese en favor de su recuperación social.



La edición de 1898 del libro de Howard también incluía este diagrama referido a la economía social y al gobierno de la ciudad que fue omitido en ediciones posteriores y que, en este caso, acompañaba a un capítulo muy breve titulado "Administración a vista de pájaro" que sintetizaba los aspectos administrativos contemplados en los capítulos 6, 7 y 8 de aquella primera edición.